Los primeros años de *Revista* (1952-1955) : diálogo desde Barcelona

José-Carlos Mainer
Universidad de Zaragoza

Los años 1950, a debate

Venimos asistiendo en los últimos años a una sugestiva polémica acerca del significado de los años 50 del pasado siglo en la historia de la cultura española. Quizá el primer síntoma (por más que no suscitara muchas respuestas en su momento) fue la defensa *pro domo sua* que Julián Marías hizo de aquella « vegetación del páramo » de la alta posguerra, planteada en unos días de euforia democrática que le parecieron insolentemente despectivos del pasado cercano [1]. Bastante más tarde, el libro del periodista Gregorio Morán, *El maestro en el erial*, elaboró una instrucción sumarísima acerca de la colusión del franquismo y la vieja guardia liberal-conservadora, que tenía precisamente como centro la herencia intelectual de Ortega y, por ende, la figura discipular de Marías [2]. Del pedimento fiscal, Ortega salía escasamente favorecido y sus epígonos españoles, todavía menos. Un tiempo después, el espléndido libro de Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa*, y poco antes, el número monográfico de *Ínsula* sobre el congreso de poesía de Segovia de 1952, han vuelto con mejores armas filológicas sobre el problema de la solvencia intelectual de los años 1950, el alcance del *colaboracionismo* y el valor entitativo de las aportaciones culturales del momento [3].

---

1. Julián Marías, « La vegetación del páramo », *in* : *La devolución de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, pág.s 185-191.
2. Gregorio Morán*, El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura en el franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998.
3. El número monográfico de *Ínsula* se tituló « El diálogo peninsular medio siglo después » (n.º 684, octubre de 2003) y tuvo colaboraciones de Jordi Amat (que lo dirigió), Ana Díaz-Plaja, Llorenç Gomis, Jordi Gracia, Albert Manent, Jaume Medina y Jaume Vidal Oliveras, además de una entrevista con Valentí Puig. El libro de Jordi Gracia es *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2004 (antes, *cfr.* « Los años 50 y la vía española del catalanismo

Y es que no solamente (y ya sería mucho…) se trataba de ver los términos tácitos de un acomodo (entre un régimen político autoritario y el desarrollo de una vida intelectual y profesional, puede que más lo segundo que lo primero), sino también señalar en qué medida el decenio presenció la articulación de un horizonte cultural asentado, maduro e incluso relativamente propicio a la innovación juvenil. Hace algunos años y en lugar bastante insólito para mis hábitos de publicista, esbocé yo un panorama del momento [4] y, entre la aparición del libro de Morán y el de Jordi Gracia, escribí casi todos los artículos que en el año 2003 se recogieron en el libro *La filología en el purgatorio* [5]. Al reelaborarlos y, por ende, al precisar el rumbo global del conjunto, señalé algunas sendas interpretativas que valía la pena andar para tener idea cabal de un paisaje poco grato, más pedregoso que vegetal (si seguimos con la metáfora botánica que entronizó Marías), pero que empezaba a dulcificarse por la virtud de una cierta esperanza y que, en bastantes órdenes, anticipaba la disidencia generalizada de hacia 1960, cuando el franquismo simplemente dejó de ser referente positivo alguno en la vida de la cultura. Quise llamar allí la atención sobre la reelaboración de un modelo *neocasticista* del nacionalismo español (la influencia de Cela parecía lo más significativo en este apartado) ; sobre el nuevo catolicismo, que fue el lenguaje a través del que se formuló una parte del existencialismo hispano y no poco de la sensibilización hacia la exclusión y la miseria sociales ; sobre la reconquista de la denominación de *Guerra Civil* frente a la calificación de *Cruzada*, e incluso de *Guerra de España* ; sobre la reconstrucción de la vida universitaria a partir de parámetros de profesionalidad más moderna y de afluencia más llamativa a la aulas ; sobre la reconfiguración de *lo catalán* en la vida nacional, entendido como resolución de una paradoja que había convertido a la burguesía catalana en triunfadora y derrotada, a la vez, de 1939.

Una polémica tiende a simplificar las actitudes y, a menudo, son los propios contendientes quienes más se afanan en caricaturizarse a sí mismos. Y es patente que, en su marco, cualquier llamada de atención hacia el estudio sin prejuicios puede ser tildada de *revisionismo*. Pero no todo *revisionismo* es malo ; lo es el que juega con las cartas marcadas pero no aquél que exhibe sus bazas con probidad. La regla fundamental del juego debería ser muy clara : aunque siga abierto el dilema acerca de la definición (fascismo, autoritarismo, nacional-catolicismo…) del régimen

cultural », *Sistema*, n.º 112, 1993, pág.s 89-102). La referencia más sistemática a la publicación que aquí se estudia viene, sin embargo, en su libro anterior : *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, Publications de l'Université du Mirail, 1996 (« Ruiz-Giménez y el reformismo crítico de *Revista* », pág.s 76-85).

4. « La vida de la cultura en los cincuenta : candor y compromiso », *Razón y Fe*, n.º 297, 1993, pág.s 399-411.
5. *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona, Crítica, 2003.

franquista, ninguno de nuestros argumentos debe exonerar de una sola de sus culpas históricas a un régimen político que se basó en la persecución y eliminación de sus enemigos políticos, que se asentó en un holocausto cultural y que demostró, hasta el final de sus días, la rahez miseria intelectual de sus apoyos. Pero, a partir de esa premisa y de su corolario más inmediato (cualquier intento de reforma tendió a quedar, a la larga o a la corta, extramuros del núcleo fundamental del régimen), debemos usar una escala cromática muy depurada para advertir los matices (y las reservas) de la *colaboración*: no fue lo mismo ser catedrático que rector de universidad, ni técnico de una administración cada vez más frondosa que cargo político, ni lo fue escribir en la única prensa que había que colaborar activamente en la propaganda o en el engaño… Por eso también, hay preguntas que no son de fácil respuesta: ¿importa más el protagonismo de la generación emergente –digamos la que surge en torno a 1950-1955– o la autoridad moral que conservaban quienes, a la fecha, habían transitado del espejismo totalitario al liberalismo, o viceversa, o que incluso habían hecho los dos viajes (del liberalismo al totalitarismo y la vuelta al nacionalismo liberal)? Y hay troquelaciones, claro, que deberíamos abandonar: seguramente no hay ni hubo nunca *falangistas liberales*, sino desengaños, dramas íntimos, incompatibilidades sobrevenidas, etc. y, a la par, hubo inercias *azules* de más larga duración de la deseable. Aunque sea feliz como hallazgo léxico, la idea de *exilio interior* también debe ser igualmente matizada, dividida y subdividida y, en bastantes casos, abandonada: no hay otro exilio que el físico. Y seguramente, no deberíamos desdeñar el papel *modernizador* (lo que no pasa de ser un eufemismo que uso con todas cautelas del mundo) que desempeñaron los católicos autoritarios: sean éstos las gentes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (que conocemos algo mejor porque les ha gustado mucho hablar de sí mismos), o los miembros del Opus Dei que, con excepciones, son tan discretos y tan fieles a una imagen preconcebida de sí mismos (sobre su mundo intelectual, desde el primer Consejo Superior de Investigaciones Científicas a la fundación de Editorial Rialp, la creación de la Universidad de Navarra y revistas como *Atlántida* y *Punta Europa*, tenemos muy poca bibliografía que no sea *discreta* autocomplacencia).

Tampoco tenemos todavía un estudio sintético que nos muestre el ascendiente que algunos nombres del exilio cultural empezaban a tener a la altura de 1950, bastante antes de la oficialización de esa capilaridad intelectual que se dio en torno a 1960. Y quizá falte una síntesis que unifique lo que ya sabemos acerca del significado de la etapa de Joaquín Ruiz-Giménez y su equipo en el Ministerio de Educación Nacional. Nunca, por supuesto, para hacer de ella lo que no fue: ni antecedente de futuros liberalismos, ni contradicción flagrante con otras ejecutorias políticas del régimen. Aunque haya tenido mucho de referente añorado para bastantes trayectorias perso-

nales y aunque el brusco final de la experiencia (y la aprensión con que el propio Franco miró a su titular, al que llamaba « Sor Intrépida », usando del título de una popular película del momento), den alguna razón a quienes tengan la disculpable tentación de glorificar el periodo 1951-1956.

Otra lectura del 18 de julio de 1936

A dilucidar algunas de estas cosas nos puede ayudar el recuerdo y examen de *Revista. Semanario de Actualidades, Arte y Letras*, que fue fundada en Barcelona por el industrial Albert Puig Palau, con algo más que la asesoría de Dionisio Ridruejo, muy visible en su primera etapa, que concluyó en el n.º 142, diciembre de 1954, aunque la publicación no perdiera del todo su personalidad en los años siguientes. Como sucedió con su semanario rival *Destino*, nuestra revista fue otra secuela del modelo que *Mirador* había establecido en la vida cultural catalana de los años 1930 ; no estaba todavía tan lejano el año de 1929, en que el abogado y político Amadeu Hurtado fundó aquel semanario que dirigieron sucesivamente Manuel Brunet y Just Cabot, hasta su incautación por el PSUC en 1937. Y, de forma evidente, todos añoraban aquella publicación a la francesa, moderna e internacional, con lo justo de frivolidad y con mucho de curiosidad atenta, que legó una inolvidable sección fija, « L'aperitiu », que escribía Josep Maria de Sagarra [6]. No fue casual que una y otra publicaciones, *Destino* y *Revista*, enrolaran lo que quedaba de la tripulación del semanario de Hurtado, mostrando la versatilidad de los « catalanes de Franco », injustamente llamados a menudo el « Vichy catalán »…

El n.º 1 de *Revista*, con fecha del 17 de abril de 1952, formulaba sus « condiciones » espirituales y apuntaba su propósito : « cristianismo, europeísmo e hispanidad nos vedan una manera de ser intolerantes […]. Ser espejo, sobre todo, de una gran esperanza ». Un Salvador Dalí, que iniciaba sus maniobras de acercamiento al franquismo, había dibujado las llamativas letras del rótulo de cabecera (Dalí y Gala habían vuelto a Port-Lligat, tras doce años de ausencia, en el verano de 1948 ; en el estío siguiente,

6. Sobre *Mirador* puede consultarse el volumen de Josep Maria Huertas Clavería y Carles Geli, *« Mirador ». La Catalunya impossible*, Barcelona, Proa, 2000, y siguen teniendo un elevado interés los recuerdos que Rosend Llates puso al frente de los dos volúmenes de la serie *L'aperitiu*, de Josep Maria de Sagarra (Barcelona, Vergara, 1964, pág.s 7-18), que pueden contextualizarse en el apartado de Albert Manent, « Assaig, periodisme i memòries », *in* : Martí de Riquer ; Antoni Comas ; Joaquim Molas, *Història de la literatura catalana*, vol. 10, Barcelona, Ariel, 1987, pág.s 103-127. *Destino* ha sido una revista biografiada por Carles Geli y Josep Maria Huertas Claveria, *Las tres vidas de « Destino »*, Barcelona, Anagrama, 1991, e Isabel del Cabo, *La resistencia cultural bajo el franquismo. En torno a la revista « Destino »*, Barcelona, Áltera, 2001, y además hay una completa antología de trabajos aparecidos en sus páginas, compilada por Alexandre Porcel, *La crónica de « Destino »*, Barcelona, Destino, 2003, 2 vol.s.

el artista pintó la primera versión de su « Madona de Port-Lligat », que hizo saber que suponía su vuelta al catolicismo, ratificada en una sonada conferencia en el Ateneo barcelonés en octubre de 1950, un año antes de que pintara el famoso y acrobático Cristo que le granjeó la admiración de tantos devotos). Francesc Català-Roca firmó la fotografía de la primera plana, que abrió la serie de sus espléndidas colaboraciones en *Revista* (antes de cumplir los veinte años, durante la Guerra Civil, el joven cámara había trabajado para los Servicios de Propaganda de la Generalitat y había figurado en el equipo que rodó *Sierra de Teruel*, a cuyo frente estuvo André Malraux ; en 1950, abrió taller propio, independiente del familiar, conoció a Dalí y rodó el filme *La ciudad condal en otoño*). Era aquella foto una panorámica de la ciudad, contemplada desde la sede de la publicación en la calle de Junqueras, 16 : destacaba en primer plano una mesa de trabajo repleta de papeles y al fondo se veían, como rezaba el pie, « los valores auténticamente nuestros representados por la vieja colina, ayer romana, hoy coronada por la Seo, y el mar latino, al borde del cual, la columna desvaída por la distancia, del monumento a Colón, señala todavía caminos de afán y empresa ».

Clasicismo, hispanismo, catolicismo, todo a la par, para no desmentir la adhesión de la revista a los « valores » de curso legal, pero el « valor » invitado más singular era, sin duda, el pugnaz *barcelonismo* que éstas y otras líneas destilaban. Aquel culto a la Ciudad ratificaba el referente *noucentista* de la publicación y de sus colaboradores, náufragos de un tiempo de exaltaciones dorsianas del « cap i casal » de Cataluña, pero tampoco conviene olvidar que, a lo largo de todo el purgatorio franquista, el *barcelonismo* fue una devoción sustitutoria de un *catalanismo* bajo sospecha y, en definitiva, un recipiente retórico donde pasar de matute ingredientes nacionalistas que no hubieran sido aceptados como tales. En las páginas 7 y 8 del mismo número inicial, se abría la sección « Dos ciudades », invocación vagamente dickensiana que pretendía confrontar la vida cultural de Madrid y Barcelona, y lo hacía con un editorial muy revelador, titulado « Vidas paralelas » : se recordaba allí que a finales de 1938, iniciada la ocupación militar de Cataluña tras el final de la Batalla del Ebro, el gobierno de Burgos pensó en trasladar la capitalidad del país a Barcelona ; no se hizo, al cabo, pero el editorialista piensa que hay que « traer hacia Barcelona la atención respetuosa y admirativa de toda España, y proyectar sobre Madrid el peso y el espíritu de Barcelona ». Tales « son los designios de este careo periodístico de las dos ciudades ». Al propósito, la sección dedica amplio espacio al reciente éxito de la Bienal de Arte Hispanoamericano, que tiene lugar en la ciudad y en cuya sala dedicada a Salvador Dalí se producen llenos continuos. Y es que el de Barcelona es un público cultivado y selecto. La sección fija del periodista Manuel del Arco, « A ver quién pasa », nos proporciona el testimonio de

una Barcelona muy activa en lo cultural : en aquella misma semana, se han paseado por la ciudad, como conferenciantes o curiosos, personajes de la talla de Jules Romains, Michele Federico Sciacca, Maurice Herzog y Georges Balanchine… (algo más adelante, se recogerán con amplio espacio las etapas barcelonesas de los viajes de Jean Cocteau, siempre tan vinculado a España en la parte final de su vida). La vanidad un poco provinciana se acompasa perfectamente al tono suavemente reivindicativo de la sección. Porque resulta patente que la personalidad de Cataluña va encontrando propicio eco exterior : como cuando, en el n.º 7, mayo de 1952, y en plena celebración del Congreso Eucarístico, la misma sección « Dos ciudades » se felicita enfáticamente de la creación de las cátedras universitarias Milà, en Barcelona, y Boscán, en Madrid, que no duda en atribuir a la « fina sensibilidad » del general Franco. Quien, con motivo del viaje oficial a Cataluña en las fechas del Congreso, ha querido presidir la inauguración de la cuidadosa restauración de las tumbas reales de la casa de Aragón en el Monasterio de Poblet.

Es fácil advertir que no se trata de olvidar la guerra, ni el significado *nacional* del 18 de julio. La nota de portada del n.º 14 (17 de julio de 1952) se presenta como glosa de una foto de Català-Roca, que reproduce una espadaña ruinosa donde se posa una grácil cigüeña : « Sobre la patria unida, la campana vierte su bendición sonora, convocando a todos los españoles al trabajo fecundo ». Medio año después, el n.º 42 (29 de enero de 1953) recuerda la ocupación de Barcelona – que tuvo efecto el 26 de ese mes de 1939 – como « Fecha símbolo », ahora al pie de la consabida foto de Catalá-Roca (una instantánea de la plaza de Cataluña, donde un niño juguetea con las palomas) : « Los barceloneses remembraron aquella sensación de júbilo, descanso, paz, redención… al fin, después de haber tenido que soportar tantos desengaños, humillaciones, indignaciones secretamente evaporadas y miserias sin cuento ». Lo que, por supuesto, todavía debía responder con bastante fidelidad a la opinión y los sentimientos de la clase media que se sintió derrotada y liberada a la vez en aquel día ; no era fácil desprenderse de un recuerdo de violencias partidarias, detenciones, *paseos*, *checas*, que habían sido tristemente reales y que, de otro lado, magnificaba una persistente literatura melodramática y con ribetes masoquistas… A mayor abundamiento y como si fuera un corolario natural del ese recuerdo, el editorial del citado n.º 14 recordaba a sus lectores que el año de 1931 fue una fecha « destinada a consumirse bochornosamente en una opinión absurda entre el anacronismo de la ideología liberal en su versión individualista […] y la abnegación en una revolución marxista. [El 18 de julio de 1936] no es sólo un hecho consumado y negativamente resolutivo – que lo es también y en ello estamos – sino una ocasión, una alta ocasión : la de devolver un proyecto o razón de ser a la unidad española y la de asentar las bases de una supuesta convivencia social ».

Aquí y muchas veces más, hallamos el auténtico contexto del artículo más famoso de *Revista*, el que marcó su destino y la rodeó de prevenciones del poder, y que incrementó la notoriedad de su autor, Dionisio Ridruejo : me refiero a « Excluyentes y comprensivos », en el ya citado n.º 1 de *Revista* (17 de abril de 1952). La tesis asienta que el 18 de julio sigue siendo la única fuente de legitimidad histórica y es acontecimiento, en cualquier caso, irreversible, pero que ha terminado ya la alianza táctica que se amparó bajo el triunfo militar, ya que se ha hecho patente que « para el reaccionario toda acción encaminada a definir un problema español es una traición ». Y hay, sin embargo, un problema español, como había escrito Pedro Laín Entralgo en un libro sintomático (*España como problema*, 1948) y al revés de lo que había replicado Rafael Calvo Serer (*España sin problema*, 1949). Quienes se acogieron a las banderas de Falange y lucharon contra « rojos » y laicistas, al lado de los « reaccionarios », ahora « se sienten herederos de todos esos precedentes – de las tentativas y no de las soluciones –, aun de aquéllos que en el orden ideológico o positivo son más opuestos a sus creencias ». Y es que « no han luchado por excluir sino para convertir, convencer, integrar y salvar españoles » [7].

El propio Albert Puig Palau intervino en esta revisión crítica del 18 de julio. En la primavera de 1954, un buque griego, el *Semíramis*, trajo al puerto de Barcelona una expedición de antiguos prisioneros de guerra de la División Azul a los que el gobierno soviético había liberado. El suceso despertó honda conmoción en toda España e inevitablemente la alegría del reencuentro se superpuso a la carga política del acontecimiento que, por lo demás, no dejaba de ser inoportuna en los tiempos que corrían (veinte años después, el cineasta Basilio Martín Patino remató su hermosa película *Canciones para después de la guerra* con unas imágenes documentales de la repatriación, a las que superpuso los sones querenciosos y elegiacos de la copla « Limosna de amor »). En el n.º 104 (8 abril de 1954), Puig Palau escribía en su revista una « Carta al capitán Palacios », que era uno de aquellos repatriados (y que, con Torcuato Luca de Tena, escribiría un testimonio de los años de prisión, *Embajadores en el infierno*, mucho más anticomunista que falangista, por supuesto) : la epístola le recordaba « nuestros buenos tiempos del Tabor », cuando Teodoro Palacios Cueto y él fueron compañeros de armas en la Guerra Civil, pero también le planteaba que ahora, a la altura de 1954, « tienes derecho a cumplidas explicaciones de cuanto ha sucedido. Y debo confesarte que me desvela el hipotético recuento, pues fatalmente echarás de menos lo que no hemos realizado ».

7. Los artículos más importantes de Ridruejo en esta época figuran en su libro póstumo *Casi unas memorias,* ed. César Armando Gómez, Barcelona, Planeta, 1977.

Cataluña, en primer plano

¿Síntomas de *reconciliación*? La palabra, en todo caso, no pertenecía al vocabulario de los vencedores críticos (cuando surgió, un decenio después, lo hizo en la panoplia terminológica del Partido Comunista) y su sentido tiene poco que ver con la secuencia « convertir, convencer, integrar y salvar » que son los tajantes infinitivos de Ridruejo en « Excluyentes y comprensivos ». Pero, en todo caso, vale la pena detectar discrepancias que se iban haciendo visibles. Dos acontecimientos significativos, el Congreso de Poesía de Segovia en los primeros días del verano de 1952 (que promovió Joaquín Pérez Villanueva, Director General en el equipo del ministro Ruiz-Giménez) y el de Salamanca (al año siguiente, organizado como el anterior por Rafael Santos Torroella y que contó con la asistencia de Giuseppe Ungaretti y la presidencia de Azorín) [8], fueron vistos como la escenificación de una integración cultural, a la sombra de una España nueva que lo mejor de Falange había hecho posible. Y *Revista* les concedió condigna importancia en sus planas (como lo hizo su competidora *Destino*, que tuvo como corresponsal de excepción en Segovia a Camilo José Cela y como comentarista de los resultados a Jaume Vicens). El n.º 12, 3 de julio de 1952, reprodujo una fotografía de los asistentes a las sesiones segovianas en torno al busto de Antonio Machado : allí están un « rojo » represaliado como Ildefonso Manuel Gil y un poeta « azul » como Adriano del Valle, dos escritores catalanes de la talla de Carles Riba y J. V. Foix, cuya asistencia no entendieron todos sus compatriotas, ni mucho menos, y un fiscal que estaba a punto de colgar la toga, Ricardo Gullón… Los n.os 65 y 66, ambos de julio de 1953, trajeron la información salmantina que motivó el editorial de la primera entrega citada (y también un artículo de Ridruejo, en la página 5, de título y lectura muy sabrosos, « La culpa a los intelectuales (carta a Juan Aparicio) », donde comentaba muy críticamente la reaparición del semanario *El Español*, de nuevo con su tono doctrinario y antiintelectual). En el n.º 66, a la vez que el crítico de arte Cesáreo Rodríguez Aguilera trazaba un « Relato y glosa del Segundo Congreso de Poesía », con especial atención a los recitales de poetas catalanes, Ridruejo volvió a tomar la palabra como adalid del valor cultural de la Barcelona moderna en la España del siglo XX : « ¿No ha valido un poco la Barcelona

8. Sobre el congreso salmantino, véase el catálogo *Rafael Santos Torroella. En los márgenes de la política y el arte*, comisarios Elvira Maluquer y Jaume Vidal Oliveres, Salamanca, Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, 2004. La anotación del 21 de marzo de 1953 en *Los cuadernos de Velintonia*, donde José Luis Cano apuntaba sus conversaciones con Vicente Aleixandre (Barcelona, Seix-Barral, 1984, pág. 38), dice que el congreso estaba destinado a celebrarse en Granada y que « aconsejado por Aleixandre, escribo a Santos Torroella exponiéndole nuestros reparos a lo de Granada » que era « el lugar donde se fusiló a Federico ». « Me contesta que está de acuerdo con nosotros, y lo mismo Carles Riba ». En julio de 1954 tuvo lugar un IV Congreso de Poesía en Santiago de Compostela que incluyó un homenaje a Valle-Inclán.

de 1900 por la Salamanca de 1500, aunque fuera en órdenes distintos de la vida ? » (« Salamanca : significado de un encuentro », *Revista*, n.º 66, 16-22 de julio de 1954).

En el n.º 14 (17 de julio) Dionisio Ridruejo ya había escrito otro editorial bajo el título « Poetas en la unidad », especialmente interesado por lo que el congreso segoviano había tenido de reconocimiento de la lengua catalana, algo a lo que, por avecindamiento y matrimonio, era particularmente sensible. Pero como no todo el monte era orégano, el historiador y filólogo Jordi Rubió i Balaguer ya había respirado por la herida en su algo críptico artículo « ¿ Vale la pena ? », que debe leerse en el n.º 6, 22 de mayo de 1952, incluida la encomiástica presentación que lo calificaba de « uno de nuestros máximos valores, hijo y nieto de varones sabios y buenos, que enaltecieron en sus días a la Universidad española ». La pregunta del universitario represaliado y sus consideraciones sobre el porvenir de estos ademanes más teatrales que efectivos son inequívocas : « ¿ Hay oposición – necesaria – que acepte "la buena fe del contrincante" ? Por eso me preguntaba si vale hoy la pena de fundar una revista y entreabrir la ventana a que aludía, para tener que cerrarla enseguida. Ya sé que queda otra solución, pero no es la mía : arriar las velas y resignarse a ser remolcado ». Inevitablemente, el previsible destino de *Revista* le recuerda el que ya había tenido la revista *El Europeo*, balcón del primer romanticismo que se asomó a la vida pública en los inicios de la « Década Ominosa » fernandina y que cerró en 1824 : « Las palabras que no pudieron o no llegaron a ser pronunciadas a tiempo, parecen dotadas de efecto retroactivo, y de iluminar, a la vez, el futuro ».

En el n.º 15 (24 de julio de 1952), Rubió volvió a confesarse con sinceridad que no daba lugar a apaño alguno : « La fórmula *ni vencedores ni vencidos* es engañosa, y nada estable se edifica sobre esa base. No se arranca del alma lo que la tragedia y el dolor han incrustado en ella. Quien diga que ha olvidado, o se hace ilusiones, o quiere que se las hagan los demás, lo cual aún es peor ». No era el único en pensar así… Algo parecido inscribía en el número anterior, Jaume Vicens i Vives, cuya trayectoria personal, sin embargo, había sido notablemente más acomodaticia que la de Rubió [9]. El joven historiador consideraba que el diálogo tenía límites demasiado resistentes y demasiado atosigantes como para poder definirlo así. Al hablar de « Centenarios frustrados » para referirse al del nacimiento de los Reyes Católicos, comprobaba que aún « prescindiendo del caparazón barroco,

9. Acerca de la significación de la obra del malogrado historiador, véanse Borja de Riquer, « Jaume Vicens i Vives : renovación metodológica y responsabilidad social », *Revista de Occidente*, n.º 192, 1994, pág.s 141-155, y Josep Maria Muñoz y Lloret, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel. lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.

romántico y neorromántico con el que se les ha sucesivamente desfigurado », el entendimiento cabal de aquel suceso histórico estaba todavía muy lejos. Sabía muy bien de qué hablaba porque, en plena guerra, había leído sus tesis doctoral sobre las relaciones del rey Fernando II y la ciudad de Barcelona y en 1949 había dado a conocer su monografía sobre los *pagesos de Remensa* del siglo xv, hito de la historiografía social española. Y con palabras en que resonaba su reciente comercio con los historiadores del grupo de *Annales*, venía a indicar que « el verdadero centenario » debía ser « el del pueblo que en Castilla, Cataluña, Valencia, Aragón, Andalucía, el País Vasco y Galicia sufrió las peripecias del tránsito entre una época de profundas convulsiones espirituales y revoluciones políticas a otra de grandes ambiciones internacionales, desarrollo económico y vibración artística […]. ¿Qué pensó entonces de la unión de las dos coronas de Aragón y Castilla? ¿Fue, en definitiva, más feliz o menos feliz? ».

En 1952, precisamente, Vicens había publicado su *Aproximación a la historia de España*, un ensayo capital y un avance del programa de una nueva historia que superara la visión trágica de Américo Castro pero también la castiza y nacionalista de Menéndez Pidal, a favor de una consideración desapasionada de los hechos económicos, de la pluralidad de pueblos hispánicos y del fracaso de Castilla como organizadora del mosaico hispánico. Y todo esto frente a una historia tradicionalmente signada por el materialismo « unilateral », el positivismo « esquemático » y el ideologismo « frívolo », para ponerse a favor de « captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común » (las frases se toman del suculento prólogo de 1960 a la reedición de la *Aproximación*, pero son las mismas que incluyó en el número inaugural, de 1951, de su revista *Estudios de Historia Moderna*). El libro de 1952 fue calurosamente reseñado – y entendido, que no siempre es lo mismo – por Martín de Riquer, quien no era precisamente un peligroso « rojo », en el n.º 38 (1 de enero de 1953). Y en la entrega siguiente, Santiago Albertí entrevistó a Vicens, que seguía preocupado por lo que entonces era su tema de estudio : no vacilaba en declarar que Fernando II « fracasó, por el contrario, en la incorporación de Castilla a la mentalidad renacentista » y acerca de la reina castellana, Isabel, manifestaba tener una « imagen bastante alejada del tópico corriente en tantos libros de insustancial exaltación ».

Y es que las cosas chirriaban más de lo debido. Carles Riba confiesa a Santiago Albertí en el n.º 38 que « me elogiaron la valentía de mi conferencia pronunciada en Segovia. No hay porqué negar que Foix, Manent y yo nos armamos de valor para ser sinceros. Pero quiero públicamente elogiar una actitud aún más valerosa : la de quienes supieron escucharnos con respeto, creyendo en nuestras palabras y aceptándolas como base de un problema vivo, urgente, que ha de solucionarse con esfuerzo bilateral. Los ecos de Segovia no deben perderse ». Y afortunadamente no se perdieron

del todo : lo demostró un número de la revista *Ínsula* (n.º 87, diciembre de 1953), dedicado a las letras catalanas. Y supongo que todavía tales ecos resonaban en el precioso prólogo, « Una època memorable », que Agustí Calvet, « Gaziel », puso a la edición póstuma de las *Memòries literàries* de Narcís Oller en 1962, diez años después : la demanda final para que « els escriptors espanyols de llengua castellana ens ajudeu a fer sortir la nostra de l'arraconament on jau » [10] viene, sin duda, de aquel espejismo de 1952, aunque precisamente en esas fechas el diario íntimo de Gaziel encierre páginas de un pesimismo tan cerrado como lúcido ; en la anotación del 13 de enero de 1951 escribía, por ejemplo :

> *Mai els pobles no catalans d'Espanya no voldran ni podran reconèixer la nacionalitat, la personalitat catalana, tot i ser clara com l'aigua. I ella, per si sola, ès, de passada, tan feble, tan minsa !*

En la anotación del 7 de octubre de 1952 se lee :

> *Es pot dir que he passat els millors anys de la meva vida fent tot el que he pogut, dintre la meva petitesa, per contribuir a dignificar Catalunya i Espanya. La preocupació constant, de cada dia, per a mi, no ha estat el ben propi, sinó el de la col.lectivitat. I he perdut completament el temps : Espanya i Catalunya, col.lectivament considerades, es troben avui en un estat d'enviliment com mai en els temps moderns no n'havien conegut d'igual* [11].

Y es que, como sabía Rubió, la sospecha y la frustración eran muy hondas y, en cualquier momento, podía reactivarlas el optimismo simplificador de aquella « buena fe » de la que desconfiaba tanto. Un personaje tan fiable como Ridruejo no dejaba de mostrar el temido pelo de la dehesa cuando, en el n.º 20 (« En conversación con Carles Riba », 28 de agosto de 1952) puntualizaba que « el turbión separatista halagando – y no sé hasta qué punto conmoviendo – la vanidad de un pueblo que se sentía superior e incomprendido […] » vino a esterilizar el esfuerzo de muchos catalanes. Aunque, añadía, « de todo ese mal sueño no ha quedado nada en Cataluña, […] ha estado en un tris de que ese sueño no aventase también los buenos, justos y fecundos sueños hasta los que varias generaciones de intelectuales y burgueses habían levantado a Cataluña en actitud fieramente independiente, pero fervorosamente ofertiva hacia una España más rica ». No se recoge la respuesta del poeta, pero es

10. Agustí Calvet, « Gaziel », *Obres completes*, Barcelona, Selecta, 1985, II, pág.s 689-690.
11. Agustí Calvet, « Gaziel », *Meditacions en el desert 1946-1953*, Barcelona, La Magrana, 1999, pág. 196 y pág.s 250-251.

de imaginar la cara entre compungida y resignada que debió poner ante su incauto interlocutor.

Sobre la Generación del 36 y sobre la Universidad

El problema catalán no fue el único donde actuaron las inercias del pasado reciente. El propio consenso sobre el *descontento*, como actitud global e identificatoria, iba por barrios, como demostró la acogida del rótulo « Generación del 36 », que fue algo desigual desde que la enunció Dionisio Ridruejo al escribir « Conciencia integradora de una generación » (n.º 50, 26 de marzo de 1952), en respuesta a *España como problema*, de Laín Entralgo. En la entrega siguiente, Juan Fernández Figueroa, falangista y siempre un tantico chisgarabís, iniciaba la serie de artículos « Las dos Españas » que, en su segunda salida (correspondiente al n.º 53) hablaba de cómo « dos savias la alimentan […]. Una amarga, agria, turbia y cenagosa ; otra, de signo contrario, dulce como la miel ». Otro falangista vinculado activamente al equipo del ministro Ruiz-Giménez, Gaspar Gómez de la Serna, escribió « Sobre la quinta del 36 » (n.º 91, 7 de enero de 1954) para identificarla con aquella « quinta del SEU » (invento de Juan Aparicio y su espolique Luis Ponce de León) y para definirla « no como una generación planeada – como lo es la anterior : la de José Antonio – sino como una generación sobrevenida por la guerra […], [que] no es una generación definidora o enunciadora, valga la palabra, sino verificadora de los nuevos pensamientos desde dentro de ellos mismos ». Más cercano a la línea editorial de *Revista*, Ricardo Gullón en su artículo « La generación española del 36 » (n.º 52, 9 de abril de 1952) endosó sin restricciones el término, para recordar que « no ha sido una generación eruptiva. No irrumpió violentamente entre manifiestos, alharacas e improperios. Al contrario, reconoció las maestrías y la grandeza de quienes la precedieron ». Pero José Luis López Aranguren en el n.º 56 (7 de marzo de 1953) no resultaba tan optimista « A propósito de nuestra generación », como reza el título de su trabajo. Precozmente consciente del aliento de la posteridad (siempre sería así…), el ensayista no quiere adoptar una actitud paternalista hacia los más jóvenes, lo que era un riesgo evidente de la operación. Y de éstos habla sin ambages Julián Marías en su artículo « La generación silenciosa » (n.º 75, 7 de septiembre de 1953). La de los más jóvenes es una promoción a la que hemos adulado demasiado sin saber nada de ella, cuyos problemas, a cambio, nos ocultamos celosamente : es una generación de ninguna experiencia internacional, « por toda una serie de causas que están en la mente de todos », y en la que sus miembros « han vivido la tesis de que entre la forma española del catolicismo y la incredulidad absoluta no hay

término medio ». Por su lado, Marías se preparaba para vivir una parte del año en los Estados Unidos y, de hecho, en el n.º 81 (octubre de 1953) había iniciado una serie de trabajos sobre « Universidad y sociedad en los Estados Unidos », muy curiosa.

Una llamativa confesión de parte al propósito vino a ser el artículo « Una posición » (n.º 93, 21 de febrero de 1954), escrito por Antonio Tovar, el hombre de Ruiz-Giménez en el rectorado de Salamanca. No es casual que el editorial del número se titule « España, soporte de la defensa anticomunista de Europa » y respire el atlantismo fervoroso, que alimentaban los pactos firmados con Estados Unidos en el verano anterior. Tovar reconoce que el tomó « posición y posición política », « en los años verdaderamente decisivos que van del 30 al 40 de este siglo », cuando « admirábamos todo lo que desafiaba » y « no teníamos, la juventud de entonces, ninguna fe en el pasado ». Pero aquella opción elegida resultó ser más abierta de lo que parecía : un « sano estar de regreso » (a la fe, y a lo nacional, se supone) y « esa saludable reducción al mínimo de los puntos en que hay que estar de acuerdo para vivir nacionalmente ». No queda muy claro, por supuesto, si el estado presente de las cosas le parece el fruto satisfactorio de tal acuerdo, pero quiere patentizar que él y los suyos dejaron « para otros las ventajas y los regateos, el afán de encerrarlo todo en las viejas fórmulas poniendo encima como floripondio los banderines de sus capillitas ». A buen entendedor esto sonaba a desengaño y también a despedida.

Era lógico que las páginas de *Revista* vivieran la Universidad como problema, porque aquello venía en derechura (y Tovar no lo oculta) del viejo complejo de inferioridad español. Una precoz llamada a la modernización de la Universidad pudo leerse en el editorial del n.º 2 (24 de enero de 1952), titulado « Este siglo nuestro » : « Sin nostalgias y sin prisas – llevando en alto nuestra fe en el hombre divinizable – los españoles hemos de echarnos a nadar en la corriente de nuestro tiempo. No es hora de estar esperando en la ribera que el tiempo, la Historia, el mundo vengan por nosotros ». En el n.º 3 (1 de mayo de 1952) se reprodujo un trabajo de Pedro Laín, ya publicado en la revista *Alcalá*, « La Universidad como problema », donde se habla de la retribución mezquina que lucran los profesores, de la poca importancia que se da a los colegios mayores universitarios, del recelo social ante « los que quieren vivir como puros hombres de ciencia », de la « prodigalidad » del Estado ante las universidades laborales frente a la Universidad de siempre (lo que era un torpedo contra la populista gestión de José Antonio Girón de Velasco en el Ministerio de Trabajo : hubo polémica al respecto con la *Solidaridad Nacional*, el periódico de la tarde barcelonés entonces en manos del falangismo más ortodoxo)… Pero Laín también se quejaba de la falta de suplementos de ciencia en la prensa, de que se pagaran altos precios por la importación de futbolistas y de automóviles, pero no de científicos y de libros extranjeros.

El diagnóstico que Tovar formuló en el n.º 79 (« Confesiones en el Centenario », 15-21 de octubre de 1953) no fue menos acre, pese a coincidir con la pompa que acompañó la celebración de los setecientos años del *Alma Mater* salmantina : « Nos faltan físicos, hay pocos fisiólogos, nuestros astrónomos carecen de medios, son escasos los economistas y sociólogos, en historia y literatura nos limitamos a nuestras actuales fronteras políticas (y aun nos retiramos de las zonas marginales) ; salvo en química, donde hay algún progreso, la técnica está ausente de las aulas universitarias ; de biólogos y naturalistas el déficit es enorme ; y apenas se comienzan a estudiar las lenguas modernas y sus culturas ».

La cultura como complicidad

Y, sin embargo, a despecho de todos los problemas que aquejaban al mundo académico, el final del decenio de los cuarenta y el inicio del siguiente registraron un importante auge del ensayo universitario y un buen conjunto de cultivadores. En las páginas de *Revista*, Martín de Riquer (que había sido una de las esperanzas de la nueva erudición catalana de los años 1930, colaborador asiduo de *Mirador* y, tras la guerra que hizo como voluntario del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, jovencísimo catedrático de Literaturas Románicas) dio cuenta puntual de las novedades bibliográficas del ramo y muy particularmente de las filológicas, lo que incluía las publicadas por Editorial Gredos en su Biblioteca Románica Hispánica ; de ese modo, la sección universitaria que integraban Antoni Badia i Margarit, el propio Riquer y Antoni Vilanova (José Manuel Blecua se incorporaría tiempo después) se convirtió en uno de los bastiones de la herencia universitaria de Menéndez Pidal y su Centro de Estudios Históricos. Un Eugenio d'Ors, que acumulaba las decepciones y los desengaños, ya en la etapa final de su vida, dio a *Revista* las entregas de « Arte vivo », tan estimulantes como siempre y su muerte fue recogida por la publicación en 1954.

Tampoco pasaron inadvertidos los hechos y los libros singulares, como ya se ha señalado acerca de la *Aproximación a la historia de España*, de Vicens. Laín Entralgo, por ejemplo, elogió en una entrega de su sección « Vivir para ver » (n.º 14, 17 de julio de 1952), el libro de José Luis L. Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* ; ratifica su importancia un artículo con relieve de editorial que apareció en el n.º 18, bajo el título de « Catolicismo abierto » y con la firma de Ridruejo, y el propio Laín reiteró el encomio en el n.º 25 (2 de octubre de 1952) en el ensayo « Tres libros mañaneros » : fueron estos los *Estudios sobre la palabra poética* que José María Valverde publicó en Rialp, los *Sermones* de Federico Sopeña, una « vocación tardía » pero entusiasta, que compatibilizaba la musicología y la pastoral juvenil, y *Los diálogos perdidos* de Rodrigo Fernández Carvajal, un valor emer-

gente del nuevo falangismo universitario, que recogía allí sus notas publicadas en la revista *Alférez* (que resultan bastante divertidas y hasta insolentes, tanto cuando reparte estopa del lado de Calvo Serer como cuando lo hace sobre las opiniones clericales acerca de Unamuno, sobre la novela « católica » y la poesía joven, o sobre la fundación del Instituto de Humanidades, por parte de Ortega, siempre aquejado del « virtuosismo de la problematización » ; es un libro-síntoma que vale la pena releer y cuyas breves « Codas », al final de cada una de sus tres secciones, revelan – junto a bastante ingenuidad – talla y maneras de ensayista).

Cualquiera de los síntomas de ruptura viene contrapesado, sin embargo, por alguna profesión de fe. El Padre Ramón Roquer, por ejemplo, fue un signo de renovación cristiana pero también de ortodoxia cuidadosa, en ésta y otras revistas donde acampó. Y ya en el n.º 6 de la nuestra incluyó una notable « Guía de espiritualidad. Insinceridad del existencialismo », en la que se afirmaba que « vale la pena precaverse contra morbo tan letal si no queremos insensatamente naufragar batidos por el vendaval que más rebaja la dignidad humana ». Eran éstos los términos que su Ordinario, el pacato arzobispo Gregorio Modrego, hubiera usado al propósito, aunque lo más probable es que el cabildo barcelonés no leyera a Giovanni Papini, como recomendaban los redactores de nuestra publicación, ni que hubieran colaborado en unas páginas donde el católico José María Valverde se había burlado de « El santo 4.394 », que fue San Pío X, proclamado por el duodécimo de su nombre (n.º 113, 10 de junio de 1954).

En una revista como la nuestra, lo más significativo puede acabar estando en las notas de actualidad curiosa que se desperdigan, sin visible voluntad de pauta, las unas referentes a lo propio, las otras a lo internacional. Vale la pena dejarse llevar al azar de algunas de ellas y advertir cómo la trama recompone un perfil más coherente del que hubiéramos sospechado. Así sucede, sin duda, con lo que se refiere al arte plástico nacional. El juez y notable crítico Cesáreo Rodríguez Aguilera alabó a Josep Guinovart en el n.º 1 y a Joan Josep Tharrats en el 2 ; después, hubo siempre un vasto espacio para noticias dalinianas, picassianas y mironianas (las referencias universales de Cataluña), sin olvidar el tributo histórico a *Els Quatre Gats* y al arte regional de principios del siglo XX, al que se dedicó el primer salón organizado por *Revista* y que tuvo efecto en la Sala Parés. Pero tampoco faltaron las reflexiones y el interés por la novela como género popular y diagnóstico de una sociedad en cambio : valga como ejemplo el luminoso artículo de Aranguren, « Tiempo para la novela » (n.º 101, 18 de marzo de 1954), donde se dicen cosas muy certeras acerca de *Los cipreses creen en Dios*, y la tardía serie del joven José María Castellet, procedente del equipo de *Laye*, titulada « Los novelistas, los premios y la crítica » y que aparece desde el n.º 107. Poco se dice, a cambio, de la poesía, como ya avisó un corresponsal espontáneo – el futuro filólogo y escritor Carlos Pujol – en una carta al director (en la sección « Vox pópuli ») del n.º 2.

El espejo más revelador de los deseos (y las frustraciones) de la Barcelona de 1950 fue, sin embargo, el amplio lugar que se dio a lo internacional. Lorenzo Gomis, por ejemplo, comentaba los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot en el n.º 2 (la publicación conjunta de los poemas fue de 1944 ; la primera traducción española, de Vicente Gaos, se publicó en *Adonais*, 1951 ; el autor obtuvo el Premio Nobel de 1948) y Guillermo Díaz-Plaja le entrevistaba en el número siguiente, dando pábulo, por cierto, a que Eliot recordara a sus amigos españoles Luis Escobar y Antonio Marichalar. También se otorga campo a los acontecimientos más populares : el éxito de la novela del monárquico italiano Guareschi, *Don Camilo*, fue comentado por Juan Fernández Figueroa, que acertó al ver en su anticomunismo « una vaselina de efectos mínimos, una sal de frutas contra el empacho de marxismo-leninismo » (n.º 49, 19-26 de marzo de 1953). Pero también en el primer número, María Luz Morales había puesto en los cuernos de la luna a la película *Stromboli*, de Rossellini, paladina *espiritualización* del neorrealismo, y el casi ubicuo Pedro Laín elogió *Milagro en Milán* por su franciscanismo (n.º 13, 10 de julio de 1952). Y para que no todo fuera telurismo y ternura, Juan Francisco de Lasa daba cuenta de una *première* barcelonesa de *Los olvidados*, de Luis Buñuel, en el n.º 31, 13 de noviembre de 1952, aunque el vehemente crítico echara de menos –¡faltaría más!– el componente religioso. En el n.º 21 (4 de septiembre de 1952), Juan José Tharrats, uno de los críticos más agudos y directos, elogia el MOMA neoyorquino y afirma que, por el precio que se pagó en su día por *La vicaría* de Fortuny, se hubieran podido adquirir para el museo barcelonés de arte moderno veinte obras de Renoir, Monet, Degas o Cézanne. Pero no se limita a las artes plásticas… En el n.º 33 (octubre de 1952) habla del jazz, « música de nuestro tiempo », a propósito del concierto de Bill Coleman que ha organizado el Hot Club de Barcelona, y en el 36 (diciembre de 1952) presenta a uno de los « Poetas de la cámara », que es Henri Cartier-Bresson, uno de los mosqueteros de la Agencia Magnum. En el n.º 40, « Juan Candilejas » elogiaba *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller, y lo que es más sorprendente, en el n.º 42, Juan Peñalver hacía lo mismo con *Madre Valor* (Madre Coraje), de Bertolt Brecht. La entrega 101 (18-24 de marzo de 1954) anunciaba que *Revista* promovía una sesión teatral para sus amigos, en la que se estrenaría *Emperador Jones*, la tragedia de O'Neill, y en el n.º 104 avisaba de su patrocinio del estreno de *Madame de…*, el gran filme de Max Ophuls. El n.º 134 alcanzaba a recoger la noticia del Premio Nobel discernido a Ernest Hemingway, lo que merecía una glosa excelente de José María Castellet, y el n.º 135 llevaba a su portada la noticia « Ha muerto el pintor de la alegría » para enterar a los lectores del fin de Henri Matisse (sobre quien d'Ors ya había disertado en la sección « Arte vivo » del n.º 37, enero de 1953).

Todo esto quiere decir que *Revista* había dibujado con bastante precisión un modelo de lector y un modo de mediación entre la actualidad y su

público. En un tiempo sobrecogido de noticias agoreras – la guerra fría, el espionaje internacional, el maccarthysmo (que la revista vio con ojos bastante benévolos, por cierto) –, la reanudación de una vida cultural era siempre un motivo de optimismo. Y hasta, si se me apura, un síndrome de manumisión con respecto a ciertas formas de la ignara autoridad competente. Aquellas actividades paralelas a las que se ha aludido tenían algo de consigna compartida y, por supuesto, de sociabilidad más abierta. Aunque alguna de ellas también se viera impregnada por el talante del momento histórico, como fue el caso del *viaje científico* por la « Ruta atómica europea », dirigido por el conocido divulgador Miguel Masriera, para el que se programaron visitas al laboratorio de Niels Bohr, en Copenhague ; al Instituto Nobel, en Upsala ; a una fábrica de agua pesada en Holanda, a la factoría de Philips y a su sincrociclotrón y a las universidades de Oxford, Cambridge y París (todo costaba 25.000 pesetas de entonces, que no eran grano de anís).

No sé si anduvo muy concurrido el *raid* atómico, ni si se llegó a celebrar siquiera, pero otros pasatiempos culturales más inocentes (y menos caros) nos permiten inducir un perfil aproximado del público al que podía dirigirse *Revista* : barcelonés de preferencia, urbano, profesional o universitario, menor de cuarenta años y, de un modo casi inconsciente quizá, desafecto o crítico de la situación vigente. El juego de adivinanzas que presenta el n.º 41 (29 de enero de 1953) es muy revelador al propósito : se ofrecen tres fotos de personajes y, a su pie, cuatro nombres a elegir como titulares de los retratos. Los marbetes respectivos son « Personalidades catalanas » (los nombres son los de Guimerá, Rusiñol, Llimona y Gaudí), « Grandes del jazz » (la lista incluye a Bill Coleman, Duke Ellington, Benny Carter y Dizzy Gillespie) y « Compositores » (con Sibelius, Schönberg, Milhaud y Juan Manén). La mezcla de patriotismo catalán (centrado en el periodo de esplendor finisecular y modernista), cultura filarmónica general y espíritu moderno (visible en la concesión jazzística, pero también en el nombre del creador del dodecafonismo) es tan evidente como cuando el pasatiempo correspondiente del n.º 42 nos invitaba a reconocer a un premio Nobel (entre François Mauriac, Knut Hansum, Maurice Maeterlinck e Ivan Bunin), a un arquitecto del movimiento moderno (entre Le Corbusier, F. Lloyd Wright, Alvar Aalto y Walter Gropius) y a un músico del grupo de los Six (entre Arthur Honegger, Darius Milhaud, Georges Auric y Francis Poulenc). Si uno acertaba, se supone que salía a la calle un poco más europeo, más catalán y sobre todo, bastante más *moderno*, aunque el panorama de la vía pública fuera el que tan exactamente sórdido reflejaban las fotografías de Català-Roca [12].

12. Acerca del fotógrafo, véase el catálogo de la exposición, celebrada en el Museo Reina Sofía, *Català-Roca. Barcelona/Madrid. Años cincuenta*, comisarios Juan Manuel Bonet y Andrés Trapiello, Barcelona, Lunwerg, 2003.